José Granados García y Luis Granados García
(eds.)



Los siete días, en Cristo: Fórmula de la creación

didaskalos

COLECCIÓN

didaskalos

JOSÉ GRANADOS GARCÍA
LUIS GRANADOS GARCÍA
(Eds.)

LOS SIETE DÍAS, EN CRISTO: FÓRMULA DE LA CREACIÓN

didaskalos

1.ª edición: junio de 2019

Autor: © José Granados García - Luis Granados García (eds.)

Impreso en España. Printed in Spain
Depósito legal: M-18117-2019
ISBN: 978-84-17185-26-8

Portada: *Creazione cielo e terra,* Catedral de Monreal

Maquetación: M.ª Teresa Millán Fernández

Impresión y encuadernación:
Editorial Didaskalos
Valdesquí 16, Madrid 28023

Queda prohibida, salvo excepción, prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual.
La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal)

Índice

Págs.

Introducción 11

I. Dijo Dios, vio Dios: creación, palabra, visión. 25
Carlos Granados García

1. Creación por la palabra 28
2. Creación por la mirada 31
3. La luz y el tiempo 32
4. La luz en combate 34
5. La luz que viene del destino último 39
6. Conclusión 42

Bibliografía 43

II. Creación y separación (Gén 1): separar para unir 45
Luis Sánchez Navarro

1. Separación y culto divino: separar para vincular . . . 46
2. La distinción inicial: cielo / tierra 48
3. Creación y separación: las separaciones en Génesis 1 . 50
4. Dimensiones de la obra de separación 55
5. La separación, el culto, la elección del bien 59
6. Cristo y la obra de separación. 61

Bibliografía 63

III. La luz, criatura primordial 65
Ignacio de Ribera Martín

1. Mitología y religiones: La luz, efecto natural del sol y de los astros 66
2. La ilustración griega: La luz, principio de inteligibilidad (logos) 68

Págs.

3. La revelación judía: La luz, criatura de Dios 72
4. La revelación cristiana: La luz, reflejo del Logos . . . 76

Bibliografía 78

IV. El herbario de Dios: lógica de semillas y frutos 79
Juan Antonio Granados García

1. La vida vegetal hace habitable la tierra 82
2. La forma del árbol: habitabilidad en la alianza 84
3. El árbol, símbolo de la alianza originaria 95
4. Cristo, Árbol de la vida: "venid y comed" 104

Bibliografía 113

V. El cielo estrellado: la creación como cosmos. 115
José Granados García

1. Los cielos nos enseñan la filosofía: la mirada de los griegos 119
2. El Antiguo Testamento: la vocación de los astros, al servicio del hombre 124
3. La perspectiva cristiana: el cielo y Cristo-cabeza . . . 133
4. ¿Abovedar otra vez el Universo? 140

Bibliografía 150

VI. Sexto día: la creación de los animales y la alianza . . 155
José Noriega Bastos

1. La bestia y su clasificación 158
2. Relación con el hombre: la alianza con los animales . . 166
3. La relación con Cristo y con el Espíritu 173
4. El camino pedagógico hacia las bestias 180
5. Conclusión 182

Bibliografía 183

Págs.

VII. Hombre-mujer como microcosmos 185
Juan de Dios Larrú

1. Introducción: perspectiva histórica 185
2. La acción creadora de Dios culmina en el hombre . . 193
3. La originalidad de la antropología cristiana a la luz de la creación 200
4. Conclusión 203

Bibliografía 205

VIII. El sábado, descanso y providencia de Dios 209
Luis Granados García

1. El don del Sábado: descanso y providencia 211
2. La grandeza y la miseria del Sábado 217
3. Las negaciones del Sábado 219
4. La purificación y culminación del Sábado: Jesucristo . . 222
5. El Domingo, día de la Gloria de Dios 227
6. La síntesis cristiana: del Sábado al Domingo 231
7. La reconquista del domingo 234
8. Conclusión 243

Bibliografía 245

Introducción

Si, lector, te hallas leyendo en tu cuarto y alzas por un momento los ojos de estas páginas, ¿ves a tu alrededor algo no fabricado por manos humanas? Poco será. Tal vez caiga tu mirada sobre alguna planta o, al través de la ventana, veas las hojas de los árboles ciudadanos. Se ha dicho, por eso, que habitamos un mundo auto-referencial, donde todo es obra humana.

Observando este espacio es fácil encontrar una fórmula que lo describa: objetos manejables, memorias sabidas, usos rutinarios. Es fórmula que nos tranquiliza por familiar. Más austera y menos pacífica se hará esa fórmula si observas más allá de la ventana, hacia el cemento y asfalto de la metrópolis. ¿Y si vas más lejos todavía? ¿Hay una

fórmula de todo ese espacio que, sin haberlo edificado nosotros, nos contiene? De no haberla, ¿qué solidez tendrían los espacios que construimos los hombres? Preguntarse por esta fórmula es preguntarse si el mundo puede llamarse "creación".

Hoy, al habernos acostumbrado a un entorno a nuestra medida, no parece nada fácil dar con una tal fórmula. Poco queda de aquella mirada antigua que veía los espacios del mundo recorridos por notas musicales, en sinfonía armónica. El universo no-humano nos lo imaginamos hoy como una gran cantera de material para nuestros artilugios. Lo describen si acaso las fórmulas del científico, de quien se reía Joaquín Bartrina: "¿Hay nada, vive Dios, / bello como la fórmula algebraica / $C = \pi r^2$?"

Uno diría que esta mirada desilusionada sobre el mundo nos llegó por haber perdido la fe en el Creador. Olvidado Dios, pensamos, el mundo ya no podía verse como creación suya que recibiera de Él su hálito. Sin embargo, una tal teoría no se corresponde con el proceso histórico secularizador. Parece que sucedió, de hecho, lo contrario. Al principio del tiempo moderno los hombres siguieron creyendo en Dios, pero dejaron poco a poco de mirar al mundo como creación viviente. Era este Dios un Ser supremo, pero no aquel que vestía cada mañana a los lirios e inspiraba el canto de los pájaros, pues los lirios no tenían vestido ni los pájaros sabían componer. El mundo era más

bien una maquinaria exacta, diseñada por un gran Maquinista. De este Maquinista se prescindió después, una vez que el hombre se sintió seguro para tomar los mandos. Olvidada la creación como espacio habitable, se difuminó el recuerdo del Creador como aquel que vivifica dicho espacio.

La creación, pues, y no directamente el Creador, fue el bastión que cayó primero ante el avance de nuestra edad secular. Se ha atacado la creación incluso por motivos píos, para que no arrebatase al Señor su gloria. Contra la creación ha hablado la ciencia, que se creía capaz de explicar cómo habían venido las cosas a ser. Ha hablado también la política, desconfiando de órdenes preestablecidos que no nacían de un consenso mutuo, pues podrían apoyar totalitarismos. Ha hablado incluso la estética, a la que fastidiaba el Creador, como si fuera a transformar toda selva en jardín versallesco. Hablan hoy contra la creación quienes niegan su gramática más originaria, la del hombre y mujer que, prolongando el acto creador, generan al hijo. ¿Podría ser, entonces, que para recuperar al Dios Creador hiciera falta renovar nuestra mirada sobre el mundo, imaginarlo de nuevo como morada a la busca de quien le infunda calor, reencontrar su fórmula?

La tarea de recuperar la creación es difícil porque, siendo ella algo viviente, el universo parece hoy empedernidamente muerto. Su fórmula asemeja a la de un caparazón

vacío. Así lo vio el poeta John Donne cuando, con ocasión de la muerte de la joven Elizabeth Drury, escribió su poema *Anatomía del mundo*. A más de ser lamento ante el fallecimiento de la muchacha, Donne llora las ruinas que ha sembrado la visión moderna. Según el poeta, el cosmos yace en caos, pues tanto el príncipe como el súbdito, el padre como el hijo, son realidades olvidadas. Cada cual se piensa un ave fénix, sin genealogía, agotando su especie, capaz de autogenerarse de sus propias cenizas, inventándose de nuevo. Todo esto suena así en inglés versificado: "'Tis all in pieces, all coherence gone, / All just supply, and all relation; / Prince, subject, father, son, are things forgot, / For every man alone thinks he hath got / To be a phoenix, and that then can be / None of that kind, of which he is, but he".

Tarea difícil, pues, la de reavivar el mundo muerto. Pero tan difícil como necesaria. En efecto, de otro modo estaríamos condenados a guerra continua con la naturaleza, subyugándola o tal vez conservándola, pero sin lograr reconciliarnos con ella, ni poder llamarla hermana con el hermano Francisco de Asís. ¿Hay en el mundo una fórmula que no se reduzca a ecuaciones mudas, hay una sabiduría que nos permita habitarlo, cultivarlo, salvarlo?

Pregunta urgente, pues nuestra ruptura con la naturaleza no solo nos separa del mundo, sino que nos separa también de nosotros mismos, dividiendo nuestro dentro y

fuera. Mirando alrededor, como notábamos antes, veremos solo objetos fabricados por el hombre. Ahora bien, no se olvide que todo eso lo veremos gracias a algo que ciertamente no hemos construido nosotros: el mismo ojo. Con él miramos las obras de nuestras manos, las cuales manos tampoco son obra nuestra. Es que el cuerpo es parte de esa naturaleza que solo encuentra su unidad y su fórmula armónica desde la existencia del Creador. Descubrir tal fórmula resulta, pues, clave para aceptar hasta el fondo nuestra carne como terreno bueno y capaz de germinar.

Y esta unión con el propio cuerpo, ¿no es también la unión con el hermano? Si no hay fórmula de la creación, si el cosmos es inhabitable, ¿qué mundo compartido nos queda? ¿no acabamos cada uno viviendo para nosotros, incapaces de entrar en el aislamiento del otro? Cuando una sociedad no cree ya en un sustrato común recibido, por el cual cada persona posee dignidad antes de que la sociedad se la conceda, se han esfumado las raíces de todo bien común, y queda solo la privatización del bien. Dios solo dijo "muy bueno" cuando lo vio todo junto, cuando vio que el bien era la comunión armoniosa misma de los seres.

¿Es posible recuperar esta visión? Dada la concepción predominante de un mundo muerto, hoy nos es necesaria la ayuda, no solo de Adán y Eva, sino también de Noé y de su mujer, que se llamaba Naamah según algunos. Pues

para nosotros, como para Noé, la creación no es el dato obvio al que accedemos con la ingenuidad del niño, sino más bien la posesión difícil conquistada solo tras mil combates contra viento y diluvio. Noé es el hombre de la creación restaurada, y su arca lo muestra: allí entraron los animales de dos en dos, para asegurar la fecundidad y el futuro. Llevaría el arca también semillas de las plantas, que en todo caso le prestaron su leño para poder flotar sobre las aguas. Si al principio del Génesis vemos surgir espacios ordenados para que en ellos florezca la biosfera o hábitat, ahora es el espacio de la vida el que se alía para atravesar el desorden de los espacios. Solo salvando la familia de Noé se puede reencontrar luego la tierra seca donde asentarse y cultivar en ella vino de alegría, ofreciendo a Dios un sacrificio.

Pues bien, este punto de vista, el de Noé, es precisamente el de los cristianos que miran a la creación. Su Noé es, eso sí, un Noé nuevo, es decir, Cristo glorioso, que ha salvado el mundo del diluvio de la muerte por el leño de la cruz y el agua del bautismo. Desde él, en carne resucitada, podemos abandonar las anatomías o autopsias del mundo propuestas por John Donne.

Sería un grave error, entonces, que un cristiano olvidase la creación. ¿Y no puede haber sucedido esto en nuestro tiempo? ¿No hemos pensado, tal vez, que la creación era solo prolegómeno para la fe cristiana, del cual se podía prescindir? ¿O que importaba más el destino último en el

cielo que los orígenes de todo, demasiado humildes y bajos? Olvidaríamos entonces que la creación no es prólogo de libro, sino fundamento de edificio. No es preparación para acoger a Cristo, sino lugar que Cristo, cabal Noé, vuelve a abrir para que vivamos en Él y con Él.

Gerardo Diego, ante la resurrección de Jesús en su carne, se pregunta si "es de ingrávido sueño, / aire o magia refleja / este resplandor súbito, / esta erguida presencia". Y responde que no, que ni el aire ni el sueño "ni la magia espejean / este cuerpo armonioso / que fulgura y destella...", pues "pudiendo ser más leve / que plumas o humaredas / humana, humildemente / pisa la hierba y pesa". Pisa y pesa, invitando al tacto y contacto de las "yemas incrédulas" de Tomás. El peso del cuerpo resucitado lleva en sí, añade el poeta, las llagas, "cinco estrellas / que en cifra dibujada / tu caridad constelan". Del cuerpo resucitado se pasa así al cosmos para descubrir su fórmula en el orden de esta carne viva, fundamento del arca que es la Iglesia entera.

Cristo, el Cristo glorioso, contiene, pues, la fórmula de la creación. Es la creación lo que Él ha venido a salvar. Sin ella la obra de Jesús queda en el vacío. Alguien ha descrito la redención como la zambullida de un perfecto nadador que, tras tocar el fondo agotando el aire de sus pulmones, logra resurgir llevando en las manos la perla rescatada, y

esa perla es la creación misma. Cristo la ha salvado asumiéndola y llevándola a plenitud. Si los cristianos confesaron la creación en el primer artículo de fe, fue porque, a la luz de la materia glorificada en Pascua, entendieron que toda materia procedía de Dios, y que era muy buena, llamada a ser lugar habitable, cuerpo de Cristo.

Este libro quiere guiarnos, a la luz del Resucitado, hacia la fórmula de la creación. Solo en la creación encuentra el hombre unidad consigo mismo y bien común compartido. Solo en ella se descubre un lugar fecundo para que, sembrando la vida, se llene de semillas. La fe en Cristo es vana si se olvida que Él ha venido a salvar la creación y a plenificarla.

Los Padres de la Iglesia, a esta luz, no dejaron de comentar los seis primeros días, o *Hexameron*, añadiendo el séptimo. Es claro que la historia bíblica no contiene un orden científico de la formación de los seres, pero sí nos dice lo esencial de la armonía del mundo, describiendo las formas de nuestro hábitat y de su relación con Dios. A los primeros cristianos aquellos seis días desvelaban los planos de la Iglesia, la cual comenzó ya desde la creación. Y el ritmo de la primera semana les enseñaba a contar el ritmo de los tiempos, de edad en edad, hasta la sexta en que, nuevo Adán, tomó carne Cristo Redentor.

Nuestros capítulos seguirán el orden del *Hexameron* o, mejor, *Heptameron*, pues no hay creación sin semana,

sin recuento de los días del primero al séptimo. Este tiempo inaugural nos recuerda que la creación es cotidiana, que acompaña el ritmo de cada día, lunes o martes o miércoles, sosteniéndolo. El ritmo de la semana nos dice, además, que la creación es dinámica, generativa, pues apunta hacia el descanso divino del Sábado, abriendo el mundo más allá de sí. La fórmula de la creación no es, por tanto, orden que aprisiona, sino bella armonía que, bien interpretada, genera más belleza. El orden del mundo creado es el de un jardín, donde puede sembrarse para que brote fruto. La fórmula de la creación es fórmula de fecundidad.

La semana comienza cuando Dios crea a través de su palabra, confirmada por su mirada benevolente: "Y dijo Dios... y vio Dios que era bueno". En el primer capítulo, Carlos Granados estudia la relación entre la creación por la palabra y por la visión. Si la palabra nos habla de alianza y sabiduría, la mirada divina se refiere a la luz y a su combate con las tinieblas. Esta luz del primer día solo se entiende desde su destino: "Pues el Dios que dijo: *Brille la luz del seno de las tinieblas,* ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo" (2 Cor 4,6).

En el segundo capítulo Luis Sánchez nos habla de las distinciones propias de la creación. A diferencia de la vio-

lenta y confusa cosmología babilónica, la creación por la Palabra supone una separación sabia, que busca vincular a las criaturas entre sí y con el Creador. Las distinciones de los primeros días (luz/oscuridad, aguas de abajo y de arriba, día/noche) permiten la comunión y la fecundidad de lo creado. Estas separaciones encontrarán en Cristo Jesús su fórmula de unificación definitiva.

Ignacio de Ribera, por su parte, nos introduce en el misterio de la creación de la luz, la primera criatura. Pasando de la mitología a la ilustración griega, y de ahí a la revelación judeo-cristiana, se nos revela el misterio de la luz como principio que permite entender el sentido de lo creado. Nuestro deseo originario de luz se cumple con la venida de Cristo, Luz de Luz, que da significado a cuanto existe.

Dando un paso adelante, Juan Antonio Granados nos muestra el fruto de estas distinciones y de esta luz en la obra del tercer día. En el mundo vegetal, con sus semillas, raíces, troncos, ramas y frutos, descubrimos el sabio plan divino. A través de este herbario, el cosmos se hace habitable para el hombre y los animales. El árbol se presenta como el recuerdo del origen en sus raíces y la promesa de fecundidad en sus ramas. Los árboles del paraíso y los del Antiguo Testamento son figura del Árbol de la vida, en el que Cristo, nuevo Adán, nos dará un nuevo fruto.

Pasando al cuarto día, José Granados nos habla sobre el cielo estrellado. ¿Es posible recuperar aquella visión del salmista, para quien "los cielos narran la gloria de Dios" (Sal 19,2)? ¿Nos puede enseñar algo la mirada a lo alto? Al hilo de estas preguntas se llegará a Cristo, cuya cruz descubrían ya los primeros cristianos como arquitectura originaria de las constelaciones.

Se abren luego los días que tocan a los vivientes. José Noriega, en el sexto capítulo, afronta la creación de los animales. Siguiendo la tradición de los bestiarios medievales, el animal está ante el hombre para enseñarle a encontrar su propio puesto en la creación. Y, ¿no es Cristo mismo quien bendice a los animales, no nos hablan ellos de Él, de modo que "comprender a los animales es comprender mejor a Cristo"?

Toca el turno a esa cima de la creación que se alcanza en el hombre, de la que nos cuenta Juan de Dios Larrú en el séptimo capítulo. Si el hombre ha sido llamado "microcosmos", veremos que el apelativo es justo solo desde la apertura al misterio que se da en el hombre, por lo que él es también "microtheos" o, incluso, "macrocosmos". Y esto no lo alcanza el ser humano solo, sino en la comunión procreadora del hombre y de la mujer.

Luis Granados, en el último capítulo, discurre en torno al Sábado, séptimo día que da sentido a los otros,

pues con él Dios bendice el tiempo mismo. En este día se unifican todas las distinciones anteriores, y desde este día se entienden los significados de todos los seres. Jesús, en quien el Padre descansa al complacerse, llevará la creación, con el paso del Sábado al Domingo, a una plenitud que la confirma en el ser.

¿Y el "octavo día", como llamaban los Padres al domingo de la resurrección de Jesús, primicia de la nuestra? ¿No debería el libro terminar con un capítulo dedicado a superar la semana originaria? Hemos preferido que este octavo día se encuentre presente en todos los anteriores, viéndolo así, no como una etapa más del tiempo del mundo, sino como una dimensión de todas las etapas. Cristo, de este modo, no aparece solo al final, sino que jalona el entero camino, abriéndolo a su plenitud.

Teniendo presente que Cristo es el nuevo Noé, recordemos que la historia del diluvio se concluye con el arco de la alianza, tendido por Dios mismo, que corrobora su fidelidad perpetua a la obra creada. Según Beda el Venerable (*Sobre el Génesis* II 9) el arco nos recuerda, al comenzar por el color azul, el agua del origen, de donde procedemos, fundados en el amor salvífico de Dios; y, terminando en el rojo, es signo del final, en el mismo amor que juzgará el camino de los siglos. San Beda prosigue identificando la luz cuyos colores despliega el arco: se trata de Cristo

mismo, sol de justicia, cuyo resplandor nos llega refractado en todos los seres que nos rodean, desplegando la plenitud cromática de ellos. Él está en el origen y en el final, pues ha venido a unir a ambos, a Dios y al hombre. Es la fórmula de la creación: siete días, en Cristo.

José Granados García - Luis Granados García
Roma – Denver, 9 de Junio de 2019,
Solemnidad de Pentecostés

Este libro quiere guiarnos, a la luz del Resucitado, hacia la fórmula de la creación. Solo en la creación encuentra el hombre unidad consigo mismo y bien común compartido. Solo en ella se descubre un lugar fecundo para que, sembrando la vida, se llene de semillas. La fe en Cristo es vana si se olvida que Él ha venido a salvar la creación y a plenificarla. Cristo mismo, sol de justicia, cuyo resplandor nos llega refractado en todos los seres que nos rodean, desplegando la plenitud cromática de ellos. Él está en el origen y en el final, pues ha venido a unir a ambos, a Dios y al hombre. Es la fórmula de la creación: Son los siete días, en Cristo.

9 788417 185268

COLECCIÓN
didaskalos